

Carlos Goñi

HISPANOS

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO. PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA Y DE LA CULTURA ROMANA	13
PRIMERA PARTE. REBELDES CON CAUSA	25
CAPÍTULO I Indíbil y Mandonio, entre Cartago y Roma	29
CAPÍTULO II Aníbal Barca, el cartaginés hispano	41
CAPÍTULO III Viriato, el capitán lusitano	53
CAPÍTULO IV Numantinos, cántabros y astures	63
SEGUNDA PARTE. TODOS LOS CAMINOS CONducEN A ROMA	81
CAPÍTULO I Balbo, Nigrino y Sura	85
CAPÍTULO II Trajano, el primer emperador hispano	95

CAPÍTULO III	
Adriano, el emperador viajero	105
CAPÍTULO IV	
¡Grande, Teodosio!	117
TERCERA PARTE. EL SABER NO OCUPA LUGAR	131
CAPÍTULO I	
Séneca el Viejo, paisano y colega de Juan de Mairena	135
CAPÍTULO II	
Séneca el Joven, el primer filósofo hispano	143
CAPÍTULO III	
Profesor Quintiliano	157
CAPÍTULO IV	
Pomponio Mela, Columela y Moderato de Gades	167
CUARTA PARTE. INGENIEROS DEL VERSO	181
CAPÍTULO I	
Lucano, el joven poeta cordobés	185
CAPÍTULO II	
Marcial, amarga sátira	193
CAPÍTULO III	
Juvenco y Merobaudes, la Biblia en verso	203
CAPÍTULO IV	
Prudencio, el Homero hispano	209
CAPÍTULO V	
Higinio, el bibliotecario hispano	219
QUINTA PARTE. LA CEPAL HISPANA	229
CAPÍTULO I	
Osio y Potamio, una de cal y otra de arena	233

CAPÍTULO II	
El obispo de Barcelona y el papa de Roma	243
CAPÍTULO III	
Prisciliano, el heresiarca hispano	251
CAPÍTULO IV	
Corderos entre lobos: Gregorio y Orosio	259
CAPÍTULO V	
Cada caminante siga su camino, Egeria e Idacio	269
ÍNDICE DE PERSONAJES HISPANOS	283
BIBLIOGRAFÍA	287

*A Guillem y Magí:
bienvenidos a la historia.*

PRÓLOGO

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA Y DE LA CULTURA ROMANA

«Estos nombres no corresponden a conceptos, sino a existencias; no se pueden definir, sino *describir*».

EUGENI D'ORS, *Más sobre la Biografía* (1929)

¿Quiénes fueron los hispanos? ¿Qué fue Hispania realmente? ¿Y qué fue de esa Hispania de la que hablaban los antiguos? ¿Existe acaso algo que pueda llamarse «lo hispano»? El texto del epígrafe apunta ya a una posible respuesta: lo hispano no se puede definir, no es un concepto. Hispania es un conjunto de hombres y mujeres que vivieron en la península ibérica mientras esta estuvo bajo el poder de Roma. La podemos describir física y geográficamente, pero su alma hay que buscarla en esas existencias que le dieron vida. Contar su historia, la historia de los hispanos que pasaron a la historia, es la única manera que tenemos de comprender lo hispano como si fuera una categoría que sublima lo anecdótico.

Hispania (*I-span-ya*) es el nombre que los fenicios dieron a la península ibérica. Los antiguos navegantes griegos llamaban Iberia a una región al sur del Cáucaso (la actual Georgia) cruzada por el río Iber. Dada la similitud geográfica, paisajística y de riqueza metalúrgica de *I-span-ya* con Iberia, los griegos la designaron con el mismo nombre y

denominaron Iber a su río principal, que fue en un principio el Tinto en Huelva, después el Segura y finalmente el Ebro. Algunos piensan que con Hispania los fenicios se referían a la «tierra del norte» (respecto a las costas africanas); otros, que significaba «tierra donde se forjan metales». Los romanos prefirieron el nombre fenicio, que interpretaron como «tierra de conejos» o, mejor dicho, de damanes, mamíferos parecidos a los conejos muy abundantes en África y, antiguamente, en la Península.

Físicamente, Hispania sigue existiendo; es lo que fue. Lo que ha cambiado han sido las descripciones: antes se hacían a ras de suelo y ahora a vista de satélite artificial. Pomponio Mela, un hispano del siglo I, describe su patria chica de la siguiente manera: «La misma Hispania, rodeada por todas partes por el mar, a no ser por donde alcanza a las Galias, y especialmente estrecha donde es contigua a ellas, se prolonga poco a poco hacia el Mar Nuestro y hacia el Océano; cada vez más extensa llega al oeste y alcanza allí su máxima extensión» (*Corografía*, II, 86). Cuatro siglos después, otro hispano, el historiador Orosio, la retrató de manera más sucinta: «Hispania en conjunto es de forma triangular (*trigona est*) y, por estar rodeada por el Océano y por el mar Tirreno; constituye una península» (*Historia*, I, II, 69). Estrabón, por su parte, nos dejó la imagen indeleble de «la piel de toro»: «Iberia se asemeja a una piel de buey extendida a lo largo de oeste a este, con los miembros delanteros en dirección al este, y a lo ancho de norte a sur» (*Geografía*, III, 1, 3).

Sobre las riquezas de la Península respecto a minerales, ganados y manufacturas, así como de sus pueblos y sus costumbres, dan buena cuenta muchos autores antiguos. Plinio el Viejo escribe: «Casi toda Hispania tiene minas de plomo, hierro, cobre, plata y oro. La Citerior tiene piedras especulares, la Bética, minio. Hay canteras de mármol» (*Historia natural*, III, 3, 30). Y nos dice que las minas de oro le suministraban

a Aníbal trescientas libras diarias. También eran famosas las fábricas de finísimos paños, telas y púrpura, de modo que se tuvo por traje senatorial el que desde tiempos de Aníbal usaban los soldados hispanos.

Respecto a sus habitantes, Aristóteles, de acuerdo con Platón (*Leyes*, I), los llama «raza belicosa», pues según comenta «clavan tantos obeliscos en torno a la tumba del muerto como enemigos hayan matado» (*Política*, VII, 2); una raza que luchó siempre por lo que consideraba que era suyo, por Hispania y por Roma. Aunque no solo los hispanos destacaron por su beligerancia, sino también por ser hombres sabios y entendidos en derecho, como dice Cicerón («*Sapientes homines, publici iuris periti*», *Pro Balbo*, 34).

Celtíberos, ilergetes, cántabros, turdetanos, arévacos, cartagineses, lusitanos, numantinos... plantaron cara a los invasores de manera a veces heroica; sin embargo, no pudieron evitar que Hispania acabara siendo romana. Poco a poco, los hispanos ya romanizados: Balbo, Nigrino, Sura, Trajano, Adriano, Teodosio, Gala Placidia, Quintiliano, Séneca, Columela, Moderato, Lucano, Marcial, Prudencio, Osio, Paciano, Dámaso, Orosio, Egeria, Idacio..., hicieron que Roma fuera hispana.

Si la cara es el espejo del alma, ellos son la cara del alma hispana que intentamos desvelar en estas páginas. Si este fuera un estudio académico, el autor remitiría al lector a las conclusiones del final, pero no lo es y, por lo tanto, conclusiones no las hay. En todo caso, como de hecho le corresponde a un ensayo, se plantean propuestas que, como tales, han de ir al principio y dirigir la búsqueda. Dejo al lector la tarea de buscar esa alma hispana entre todas estas caras, descubrir el concepto en las existencias, la categoría en las anécdotas, la definición en los casos particulares, y de decidir en qué medida nosotros seguimos siendo hispanos.

Sirvan como guía estas preguntas:

¿SE PUEDE HABLAR DE UN HEROÍSMO HISPANO?

Es muy nuestro eso de echarle testosterona al asunto, como si todo se solucionase, en última instancia, a base de ponerle, digamos carácter, a cualquier situación por complicada que sea. Los héroes hispanos: Indíbil y Mandonio, Aníbal, Viriato, los numantinos, los cántabros, los astures..., se las tuvieron, como veremos en la primera parte, con muchas circunstancias adversas y podemos avanzar que le echaron carácter; sin embargo, no pudieron, a pesar de haber vencido en muchas batallas, ganar su guerra.

«Compraron la libertad de sus patrias —escribirá Quedo— con generoso desprecio de sus vidas» (*España defendida*, cap. V). Muchos murieron, es verdad, por defender lo que era suyo, por mantener su independencia, por no claudicar ante una potencia dominadora, y forjaron una forma de ser héroe que no se deja encasillar ni en la heroicidad mitológica ni en la romana, ambas celebradas por los poetas. En la primera, el héroe ha de tener ascendencia divina; en la segunda, ha de estar por lo general sometido a los cánones militares vigentes. No así en Hispania. Sus héroes fueron solo humanos, en su mayor parte personas anónimas de Numancia, Cantabria, Sagunto, Ilerda, Lusitania o Turdetania; jefes o régulos de algunas tribus, y, en el mejor de los casos, un general del bando perdedor, como Aníbal.

El heroísmo hispano se parece más al del perdedor, abandonado de los dioses y sin padrinos, podríamos decir, pero que lucha hasta el final en defensa de algo que el filólogo hispanista Karl Vossler llama «sentimiento metafísico del honor». Un simple hoplita, un soldado de a pie, luchando por un sentimiento metafísico tan elevado podría ser la mejor imagen de heroicidad hispana.

¿HAY UNA FORMA HISPANA DE HACER POLÍTICA?

Al cabo de dos siglos de heroicas luchas, pero al fin y al cabo infructuosas, los hispanos se hicieron romanos, hispanorromanos. No es que se pasaran al enemigo, sino que los descendientes de los antiguos héroes tenían ahora los mismos enemigos que el Imperio. Sirva como ejemplo un soldado asturiano, y romano, llamado Pintaius, aquilífero de su legión, es decir, portador del estandarte con el águila imperial, o los tres hispanos que llevaron las riendas del Imperio. La globalización es un hecho: todos los caminos conducen a Roma; y desde Hispania se comienza a hacer política romana.

Para dilucidar si hubo algo que se pudiera etiquetar como política hispana, hemos de conocer a los personajes que se presentan en la segunda parte, en especial los tres emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio. El primero, un preludeo del Cid Campeador, consiguió llevar al Imperio a su máxima extensión; gobernó con criterio, algo bastante inusual en sus predecesores, y con mano firme. Sus biógrafos destacan su proximidad con sus súbditos y el hecho de que no solo beneficiara a sus amigos, sino a todo el mundo. Su sucesor, Adriano, era un hombre culto y dicharachero que recorrió el Imperio, como hacen ahora nuestros políticos en época electoral. Hispania dio a Roma a Teodosio el Grande, apelativo ganado a base de haber mantenido a salvo la fortaleza y la unidad del Imperio, las cuales peligraban a finales del siglo IV. Nótese que el sobrenombre se lo quedó él porque hizo pasar todas las decisiones políticas (y religiosas) por su persona. Tras la muerte de Teodosio, su hija Gala Placidia, una mujer de armas tomar, fue regente de su hijo Valentiniano III y tuvo que tomar todas las armas políticas a su alcance para que siguiera corriendo sangre hispana en el gobierno de Roma.

Estos hispanos nos permiten atisbar algunos rasgos de la forma hispana de hacer política: cierta campechanía, cierto

gracejo con mayor o menor ingenio y mucha reivindicación de uno mismo. Juzgue el lector el modo como los gobernantes hispanos conciliaron la religión con la política, el poder civil y el religioso.

¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANO?

Unamuno dice de sí mismo que es «especie única». Pues bien, ese apelativo se le puede dar al pensamiento hispano, tal y como veremos en la tercera parte. El filósofo bilbaíno habla de «encorazonamiento», una palabra que inventa para referirse a que es propio del hispano poner el sentimiento por encima de la inteligencia. Eso justifica que el principal filósofo hispano fuera Séneca (y su padre), prototipo del estoicismo, doctrina que se aplica más al coraje que a la especulación, más al sentimiento que a la idea, más a la acción que al concepto. Pero el hispano, ni siquiera los Sénecas, es un estoico puro, sino que integra un estoicismo sin severidad con un hedonismo sin voluptuosidad. Juzgue el lector si tal malabarismo es posible. Y puestos a hacer equilibrios, acerquémonos a Moderato de Gades, quien se propuso armonizar el pitagorismo y el platonismo. Los hispanos no fueron, en verdad, muy metafísicos, a no ser al modo rocinantesco («Metafísico estáis. Es que no como», responde Rocinante a Babiaca en el diálogo que Cervantes inventa en el prólogo del *Quijote*).

Pero fueron pensadores hispanos también Quintiliano, Pomponio Mela y Columela, aunque el primero se dedicó a la oratoria y la pedagogía, el segundo a la geografía y el tercero a la agronomía. La obra de Quintiliano da tantos acertados consejos a los maestros que no extraña que hayamos tenido tantos buenos profesores, a no ser lo que no hicieron caso al pedagogo y se decantaron más por aquello de «cada maestrillo tiene su librillo» y se quedaron en eso, en

simples maestrillos. También la geografía de Pomponio y las recomendaciones de Columela para bien cultivar la tierra nos han sido de gran utilidad, aunque no hayan generado una idiosincrasia filosófica hispana, a no ser la de guardar en todo momento un cierto practicismo. A este hay que añadir el arte del buen decir, del que se cuidaron muy mucho desde Séneca a Unamuno, desde Quintiliano a Ortega.

Evidentemente, si en algún sentido se puede hablar de filosofía hispana, su historia arranca con Séneca y se puede decir que su sombra es alargada. Del mismo modo, si hay una pedagogía hispana, esta surge de Quintiliano, maestro de maestros, aunque su estela no haya sido seguida como merece.

¿HUBO UNA POESÍA HISPANA?

Leeremos en la cuarta parte poesía hispana, porque la hubo, y de gran calidad. Hubo poetas que escribieron en hexámetros, como el joven Lucano, o versificaron su fe, como hicieron Juvenco y Merobaudes; otros blandieron versos para satirizar la sociedad de su tiempo, como hizo Marcial con sus *Epigramas*, o para enaltecer su fervor religioso al modo de Aurelio Prudencio, que aquí llamamos «el Homero hispano». Si hubo poetas, hubo poesía: poesía escrita en latín y, a juicio de Cicerón, «con cierto acento gangoso y extraño».

La poesía es el reflejo del alma, por eso la mejor manera de desvelar el alma hispana es acudir a sus poetas. Que sea la mejor manera no significa que sea fácil. Rastrear el espíritu de un pueblo en sus versos es una tarea romántica, pero de un calado que no les corresponde emprender a estas páginas. En todo caso, seguramente podremos entrever una evolución de ese espíritu, que va acompasado con los versos de sus poetas, desde el paganismo de Lucano y Marcial hasta el cristianismo fervoroso de Prudencio.

Leer a los poetas hispanos nos va a acercar a esa alma que estamos queriendo descubrir; aunque he de advertir que, por razón de la propia naturaleza de la poesía, siempre se nos escapará su esencia entre hipérbolos y metáforas.

¿Y UNA RELIGIOSIDAD HISPANA?

El mismo Karl Vossler encuentra un elemento persistente en lo hispano, un motivo que atraviesa las vicisitudes de su historia y que va más allá de un simple estilo de vida, es lo que él llama «militarismo religioso». Y es que los hispanos se tomaron la religión a la tremenda: en eso se desmarcaron de los antiguos romanos, para los que la religión era más una cuestión social y su religiosidad flotaba en la superficialidad. Lo podremos comprobar en la última parte.

Esa religiosidad a la tremenda se traduce en ser, por un lado, más papistas que el Papa, y, por otro, fundadores de herejías. Tanto fuimos capaces de una cosa como de la otra; de cimentar una herejía, el priscilianismo, como de destruirla, de someternos a la autoridad papal, como de ir por libre. La religiosidad hispana es disyuntiva: la religión o lo es todo o no es nada, o se cree hasta el final o, al final, no se cree.

Y esa religiosidad tiene algo de sexista, que ya se percibe en los hispanos que conoceremos. Los varones, como Osio, Dámaso, Gregorio o Paciano, defienden su fe con la pluma, desde el púlpito o en los sínodos y concilios; las mujeres, en cambio, la llevan a la práctica y la viven de forma tan real que la convierten en el itinerario de su vida, como lo fue el de Egeria, la hispana que viajó a Tierra Santa.

Descubriremos que, aparte de Egeria, Gala Placidia y algunas esposas de hombres célebres, no conocemos muchas mujeres hispanas. Sabemos por la *Geografía* de Estrabón que las mujeres de Iberia llevaban collares de hierro y otros

«bárbaros» atuendos sobre la cabeza y algunas «se rapan tanto la parte delantera del cráneo que brilla más que la frente» (III, 4, 17), y, por el *Itinerario* de Egeria, sabemos que al final del Imperio algunas mujeres de la aristocracia gozaban de cierta libertad e independencia. Pocos botones para imaginar el vestido, pero suficientes para comprobar que la historia, siendo femenina, no guarda a las mujeres en su memoria.

HISPANIA DE AYER Y DE HOY

El joven embajador de Florencia en España en la época de los Reyes Católicos, Francesco Guicciardini, cuenta en su *Relazione di Spagna* que un día preguntó al rey Fernando cómo era posible que un pueblo tan belicoso hubiera sido siempre conquistado por galos, romanos, cartagineses, vándalos, moros..., a lo que el rey le respondió: «La nación es bastante apta para las armas, pero desordenada, de suerte que solo puede hacer con ella grandes cosas el que sepa mantenerla unida y en orden» (Cfr. José Ortega y Gasset, *España invertida*, I, 4). Parece que el principal inconveniente de Hispania, tanto de ayer como de hoy, para llegar a «hacer con ella grandes cosas» (sic) es su indomable pluralidad, virtud o defecto —según se mire— que constituye, si no su esencia, sí su «segunda naturaleza».

El Rey Católico creía que la unión hace la fuerza —verdad política, qué duda cabe—, pero no tan fuerte como su contraria, también política y de mayor calado, que dice que «la idea de grandes cosas por hacer engendra la unidad», por usar las palabras de Ortega. Es decir, que una idea común es la fuerza que puede obrar la unión. Los pueblos hispanos han demostrado su gran fortaleza a lo largo de la historia, pero también han dejado ver su principal debilidad: la falta de unidad. Desde el punto de vista bélico, los invasores, guiados por

la premisa mayor que reza: «divide y vencerás», se han encontrado siempre en Hispania afirmada la menor: la falta de unidad. Lo que, a buena lógica —la lógica de la guerra que estructura la historia—, ha llevado a la inevitable conclusión.

La Hispania de ayer y de hoy ha sido y es plural —no en vano muchas veces se habla de las Hispanias más que de Hispania—: idiosincrasia que nos enriquece, pero también que nos exige buscar la fuerza, que otros hallan en la unidad, en las diferencias. Veamos si tiene razón Julio Caro Baroja cuando afirma que, aunque los hispanorromanos no eran españoles, los españoles han heredado de ellos lenguas, técnicas, formas de pensar, costumbres... (*El mito del carácter nacional*, p. 39). Sin embargo, no se trata tanto de encontrar el «regusto hispano» que pueda haber en lo español (en la Hispania de hoy), sino más bien de atender a una honda inquietud intelectual que me hace parafrasear a Terencio y exclamar: «¡Nada de lo hispano me es ajeno!».

Espero que este libro sirva, cuando menos, para sumar excepciones al famoso epigrama de Bartrina que formula el tópico de que, si alguien habla mal de España, prueba ello que es español. No ocurra así con los hispanos.